

Carlos Martínez Moreno

Los Aborígenes

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
COLECCION SOCIO ESPECTACULAR



Carlos Martínez Moreno

LOS ABORÍGENES

RELATO

PRÓLOGO DE LAURA FUMAGALLI

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
SOCIO ESPECTACULAR

Diseño de tapa: Andrea Abella
Fotografía: Víctor Escardó



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.

Gaboto 1582 - Tel.: 408 3206 - Fax: 409 8138

11.200 - Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en el Uruguay - 1998

Cuando en 1960 *Los Aborígenes* obtuvo el segundo lugar, entre miles de originales provenientes de toda América Latina, en el concurso organizado por la revista *Life en español*, la producción éditada de Carlos Martínez Moreno era aún escasa. Precisamente de ese año data su primer libro, *Los días por vivir*, que recoge cuentos aparecidos en diversos medios de prensa entre 1950 y 1959. A partir de ese momento comienza a publicar en forma sostenida, construyendo una extensa obra literaria y accediendo a un público cada vez más numeroso¹.

Nacido en Colonia en 1917, Martínez Moreno fue, además de escritor, abogado, crítico, ensayista y periodista. Fue esta última actividad la que lo llevó a Bolivia en el año 1952, en los momentos inmediatos al triunfo del Movimiento Nacionalista Revolucionario. En varios artículos del semanario *Marcha*, Martínez Moreno analiza los acontecimientos que llevaron a este partido, que predicaba la nacionalización de las minas y la reforma agraria, a desplazar al ejército y a las grandes compañías mineras del ejercicio del poder. El contacto con esta experiencia revolucionaria, resultado del levantamiento de amplios sectores populares, acercó a Martínez Moreno a una América Latina de la que el Uruguay de aquellos años aún se sentía distante, y cuya realidad, signada por la explotación y la violencia, recrearía en el paradigmático país de *Los aborígenes*. Aunque muchos elementos de esta narración remiten a la Revolución Boliviana, lo cierto es que su contexto de rebeliones mineras y campesinas, de revueltas estudiantiles y de represión militar es generalizable a casi

(1) Para una bibliografía completa, consultar la *Historia de la literatura uruguaya contemporánea. Tomo I. La narrativa del medio siglo* dirigida por Heber Raviolo y Pablo Rocca. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1996, pp. 186-188.

todo el continente. Por otra parte, no son los líderes políticos de 1952 los que el lector puede reconocer en el personaje de Cándido Lafuente. En este militar, un ex combatiente de la Guerra del Chaco que conduce un gobierno con matices populistas pero fuertemente represivo, se transparenta la figura histórica de Gualberto Villarroel, asesinado en 1946 por una turba enfurecida.

Ya en el terreno de la ficción, el propio texto señala que en Primitivo Cortés, el diplomático de rostro cobrizo que recita versos de Leopardi en el crepúsculo romano, se resumen las contradicciones de la burguesía latinoamericana. Una burguesía cosmopolita y refinada, supeditada en lo político a los Estados Unidos pero culturalmente subyugada por Europa, que vive del "hambre ajena", olvidada de su condición aborigen. Más cortesano que primitivo, el protagonista sirve tanto al régimen oligárquico como a la revolución que lo derroca. Su vacilante reconocimiento del nuevo gobierno le reporta el ambiguo premio de una embajada sin demasiados cometidos, destierro elegante donde se prolonga la estéril inercia conyugal que lo une a su esposa. Atrás queda Encarnación, la guerrillera en quien hubiera podido encontrar "el amor, la lumbre y el abrazo del país".

Todo el relato es una exploración del "alma americana", la búsqueda de la verdadera faz de América Latina. Los semblantes pétreos de los indígenas, la cara surcada de arrugas del general Lafuente, pero sobre todo la mueca artificial de Leonor, cuyo rostro destrozado por la bomba de un huelguista es reconstruido laboriosamente en los Estados Unidos, se proponen como símbolos de un continente para cuya larga historia de abusos y miseria no existe máscara posible.

Una prosa elaborada, que se demora en el placer de la palabra y en la estructuración de la frase compleja, una construcción basada en la distorsión del orden cronológico, y el constante diálogo intertextual con una tradición cultural prestigiosa, demuestran que en Martínez Moreno el interés sociológico no posterga las exigencias estéticas. Desde una perspectiva global puede notarse la posterior simplificación de un discurso muchas veces calificado de preciosista y recargado.

El propio autor reconoce este proceso cuando afirma: "Del barroco formal estoy bastante de vuelta y trato de escribir cada vez más tenuemente", "Yo quisiera bajar a la respiración de un lenguaje cada vez más corriente"². Esta nueva propuesta de escritura no es ajena a la tendencia al testimonio que se percibe en sus últimos libros, hecho que Benedetti observó tempranamente refiriéndose a *El paredón*³.

Esta novela, publicada en 1963, es producto de su visita a Cuba, también en calidad de periodista, en los momentos inmediatos al triunfo de la revolución. La dinámica realidad cubana pone de relieve, por contraste, la apatía de la sociedad uruguaya de entonces, que el texto cuestiona acerbamente. Ya en sus primeros relatos Martínez Moreno se había revelado como un agudo -y ácido- observador de la hipocresía, la corrupción y la decadencia de la burguesía local. Esta vertiente de su narrativa dio lugar, por citar sólo algunos ejemplos, a obras como *Cordelia* (1961), *Con las primeras luces* (1966), y más adelante, "La máscara", cuento incluido en el volumen *Animal de palabras* (1987), publicado en forma póstuma. Hacia el final de los años sesenta, sin embargo, se incorporan a sus textos elementos que revelan la creciente conflictividad social y política en que se sume el país. La violencia represiva -casi elíptica en *Los Aborígenes*, abrumadora en los testimonios sobre el régimen de Batista en *El paredón*- deja de ser un dato exótico para el uruguayo medio, y aquella crítica inicial, no exenta de humor, comienza a dejar paso a una actitud que tiende progresivamente a la denuncia. Denuncia que el escritor practica también con respecto a otras formas de violencia institucionalizada, como la extrema miseria de los sectores marginados, abandonados a la prepotencia policial y a la indiferencia cómplice del sistema jurídico. En varios cuentos y en la novela *Tierra en la boca*

(2) Jorge Ruffinelli, «Carlos Martínez Moreno, la energía que no cesa» en *Palabras en orden*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985, p. 161.

(3) Mario Benedetti, «Martínez Moreno en busca de varias certidumbres» en *Literatura uruguaya del Siglo XX.*, Montevideo, Ed. Alfa, 1963, p. 110.

(1974), Martínez Moreno explora el submundo de la delincuencia común, al que tuvo acceso debido a su desempeño durante muchos años como abogado penalista.

Su última novela, *El color que el infierno me escondiera* (1981), se concentra en la violencia imperante en los años de enfrentamiento entre la guerrilla tupamara y las fuerzas represivas. Fue publicada por primera vez en México, país en el que Martínez Moreno, obligado por la situación política a dejar el Uruguay, se radicó después de una temporada en Barcelona, y donde vivió hasta su muerte, ocurrida en 1986. Este polémico texto presenta características de historia alternativa, recogiendo hechos censurados y dejando surgir las voces silenciadas por la versión oficial que la dictadura pretendía imponer en esos años. Paso imprescindible, aunque doloroso, para recuperar la memoria colectiva.

Póstumamente, la Cámara de Senadores publicó una serie de volúmenes conteniendo el corpus crítico y ensayístico que Martínez Moreno elaboró a lo largo de los años y dio a conocer a través de diversos medios de difusión. Esta recopilación, que incluye crítica literaria y teatral, escritos políticos y de jurisprudencia, permite acceder a la amplísima producción intelectual de quien fuera uno de los más destacados exponentes de nuestra cultura.

Laura Fumagalli

I

Sentado sobre una de aquellas piedras ilustres, veía correr los autos que flanqueaban el Coliseo y doblaban luego para entrar en Vía Cavour o seguían rectamente hacia Piazza Venezia, donde se iban agolpando poco a poco. Hacia un confín la columna de Trajano, hacia el otro las suaves alturas del Palatino. Muchas veces llegaba hasta allí, a ver caer la tarde desde los Orti Farnesiani o en lo alto de la escalinata de Antonino y Faustina, entre el paréntesis milenario de los dos arcos: Septimio Severo a su derecha, Tito a la izquierda.

Los obsequiosos funcionarios de la Direzione Generale delle Antichità e Belle Arti ya lo conocían. "Eccellenza" o "Signor Ambasciatore, prego", decían curvándose, tras negarse a cobrarle el *biglietto d'ingresso* o adelantarse a recibirle una propina. Habitualmente Massimo lo traía hasta allí, y de antemano sabía que entonces tendría la tarde libre, a menos que debiera llevar a la Signora Ambasciatrice a un té o a un coctel. Si ocurría lo primero, Massimo conducía el enorme Cadillac con un humor

(*) Este relato obtuvo, entre 3.149 que se presentaron, el Segundo Premio en el Concurso Literario Latino Americano convocado en 1960 por la Revista *Life en Español*.

—En Conferencia de Prensa celebrada en la Casa Blanca el 13 de septiembre de 1962 el Presidente Kennedy, refiriéndose a la Alianza para el Progreso, dijo: "No podemos rehacer el rostro de América Latina de la noche a la mañana". (Nota de la edición de 1964, ed. Alfa, Montevideo.)

resplandeciente, con una agilidad y un brioso humor *cantábile* que lo hacían ganar sinuosamente cada espacio posible, en medio del desaforado tránsito romano. La perspectiva del té o del coctel, en cambio, lo deprimía a ojos vistas. Porque Massimo era "un temperamental" y la conversación ociosa y rutinaria de los demás choferes de embajada lo fastidiaba y aburría; de alguna manera se sentía superior a ellos, proveedor de una escala de servicios diplomáticos que no se agotaba en el volante.

Ahora el sol enardecía más aún el rojo ladrillo de la basílica de Constantino, y era fácil imaginarse que en unos minutos más caería sobre el Tirreno, allá frente a Ostia, en tanto aquí los guardias empezaban a recorrer la Via Sacra, la ruina de las Vestales y la semienterrada y casi intacta casa de Livia, en busca de los últimos rezagados, de los tibios amantes vagabundos a quienes inspiraban el paganismo y las cortesanas.

Los funcionarios uniformados pasaban a su lado y lo miraban con un respeto que ya no tenía, como en los primeros tiempos, nada de inquisitivo. ¿Qué hacía —deberían haberse preguntado un año atrás— ese rechoncho y cobrizo extranjero, que parecía contemplar todas aquellas columnas, todos estos templos y termas y jardines con un ánimo abstraído, distante? ¿Podían haberse imaginado que reposaba allí su nostalgia de otros templos, de otros arcos, de otras piedras igualmente milenarias y mucho más remotas a la curiosidad del hombre?

Su conocimiento del sitio habría tornado superflua la consulta de cualquier guía, de cualquier manualito de antigüedades clásicas. Solamente un pequeño libro aparecía a veces abierto sobre sus rodillas y mirado de tanto en tanto, fugazmente, como para recordar una sola palabra dudosa en el contexto de una letanía ya sabida.

Era Leopardi y él volvía siempre, como para tironearse un placer ya exhausto, a los mismos versos que —de algún modo misterioso— formaban parte de su emoción de aquellas tardes:

Roma, antica ruina

Tu sì placida sei?

Los versos de Leopardi eran alusivos y actuales, comentaban también el rauda y silencioso discurrir de los automóviles en el crepúsculo, el garabato sonoro con que el artístico *polizzotto* distribuía el tránsito de la *piazza*, haciéndolo fluir hacia Caracalla o desviarse hacia el Trastevere; ilustraban esa condición de afelpada fruta de oro dulce que Roma tenía en este otoño límpido, de cielos altos, férvidos, enjutos. Leopardi cantaba al golpe de sol matutino en la Porta Pinciana, visible desde el balcón durante los primeros meses del Excelsior; prestaba su cadencia al amortiguado círculo de hojas secas rondando junto al portal de hierro en el Viale de Villa Grazioli, sobre la huella de los coches que acudían al rosáceo edificio de la Embajada.

Tu sì placida sei?

Y lo cierto es que a él parecían haberlo enviado, con portentosa comprensión, a que encontrara sosiego entre la calma de las cosas, a que se aposentara allí para su propio otoño, para exprimir la sazón de ese otro fruto ligeramente magullado que parecía ser su corazón, o el tiempo de sus viejos pesares o el alma americana; el alma americana que solía aquejarlo inesperadamente, que lo conminaba o acometía a embestidas cada vez más suaves y humilladas, cada vez más sensiblemente ateridas, aun cuando estuviera —como ahora— mirando el destello frontal que

incendiaba los muros de Santa Maria in Araceli, de nuca al sol de Europa, las espaldas nimbadas por aquella luz eterna que había glosado antes el andar del romano por mercados y ritos y lánguidos abrazos hechos polvo.

Tenía ya sesenta y dos años y sobre las abreviaturas y larguezas de su nombre se habían cebado las humoradas de los caricaturistas políticos, que lo dibujaban compacto y lóbrego, como si fuera un plumerillo de carro fúnebre: ese *primitivo cortés* había quedado como la cifra de sus contradicciones: su achaparrada figura de indio, su alquitarada deferencia doctoral. Hijo de Primitivo Cortés —médico, profesor, diputado y ministro—, nieto de Serapio Morillo, con estatua en una de las plazas de su ciudad natal (como mártir, protomártir o lo que fuera), habían querido bautizarlo compendiosamente Serapio Primitivo.

El horror estético que siempre le había causado su primer nombre de pila superaba en mucho al sentimiento de extrañeza, de no correspondencia que equívocamente le suscitaba el segundo. Pero el sentido de las herencias llevaderas lo había obligado a transigir, y sus primeros pasos como abogado de las compañías —y ya antes como caudillo universitario, negro jopo y rebeldías de guante— lo habían hecho conocer como S. Primitivo Cortés M. Abreviada a dos letras, la prosapia heroica le servía de muletas, y así lo había ayudado a triunfar.

S. Primitivo Cortés. Era de un desapacible encanto, ligeramente perturbador, pensar en la polvorienta ciudad de llanura donde había hecho sus cursos secundarios, ahora que Roma lo tenía como huésped moroso, como invitado al Quirinale, como lector de insondables bibliotecas vaticanas.

Massimo —con una de esas caras abiertas, benignamente crapulosas, despejadas y vulgares, disolu-

tas y simpáticas que suelen tener los italianos— estaba por aparecer, descendiendo del auto, en la Via dei Fori. Se quitaría su quepis azul, con el delgado filete áureo, y lo tremolaría en un saludo risueñamente humorístico y aparatoso, ampuloso sin mengua de la gracia y gracioso sin menoscabo del respeto, para anunciarle que ya estaba allí.

A veces, en su ensimismamiento, él no lo veía llegar. Pero Massimo era también familiar a los funcionarios, y entraba al foro. Como el ave del atardecer hacia un mismo árbol, el Embajador derivaba siempre —en la última vislumbre del día— hasta concluir su caminata junto al panel de los sacrificios públicos, en el interior de la Curia, donde la noche se espesaba precozmente. Massimo aparecía entonces en el portal de acceso al friso de los vacunos, sin acercarse a ellos y con el ademán servil, a un tiempo admirativo e indulgente, de quien respeta una obstinación que no comprende.

Hoy, sin embargo, no lo hallaría en ese sitio. El aire romano refrescaba deliciosamente lo que él sentía latir —sin retórica— como sus sienes fatigadas. Disfrutaba de ese tenue oreo que pasaba de su frente a la cabellera poblada, a la melena oscura y enhiesta que confinaba a las patillas los pocos hilos blancos que querían invadirla.

Tanteó en el bolsillo el pequeño recorte de diario que había guardado al salir. Tenía pereza de volver a mirarlo. En un rincón perdido de *Il Messagero* sus ojos habían dado de pronto, en la remolona fruición del desayuo, con la información escueta del hecho y su previsible desenlace: el General Lafuente había reprimido otro complot. Sedición de estudiantes, conjura de señoritos, algarada de mineros, tórridas marchas de campesinos por las llanuras. En la cárcel si ocurría en las ciudades, con

ametrallamientos en el socavón o en la planicie, el invocado alzamiento fracasaba siempre. Y el último destino de aquellas rebeliones, la humedad de aquellas mazmorras, el acre hedor de aquellas descomposiciones al sol y a las moscas, el puñado de tierra en la boca, una mano crispada sobre el pedregal, todo eso se filtraba hacia el mundo por el estrecho cuello de aquel cuentagotas; y así le llegaba, perdido entre frívolas y cotidianas informaciones locales, oprimido bajo un anuncio comercial, en alguna esquina de *Il Corriere* o *Le Figaro* o *Le Monde*. A las embajadas circundantes, radicadas en países donde los desterrados levantaban su polvareda de escándalos, vociferando sus denuncias de crímenes, la Cancillería enviaba una información suplementaria, y a veces polémica, que desvirtuaba, corregía o ampliaba lo que habían dicho las agencias noticiosas. Pero a Roma, a trasmano de aquel cuajarón humano de pampa y montaña, no llegaba nunca nada, ni fuera de ellos dos —él y Leonor— nadie parecía dar allí con la ínfima noticia, rescatarla de aquellos raudales de letra impresa que la apretujaban y perdían. El General Lafuente reprimió otro complot, diez líneas de texto con sus muertes elípticas: eso era la patria lejana.

Había conocido al General Cándido Lafuente cuando era apenas un oficialito, en el destacamento de Obrajes, el mismo día en que ocurrió la desgracia. Y la amistad hecha aquella tarde, entre golpes de desesperación y retributivas crueldades, había sobrevivido al tiempo.

La patria lejana. Pensaba en él y en su mujer, en lo que aquel pedazo de mundo les había costado en felicidad, les había exigido en frustraciones. Banderas, viento cordillerano, una banda lisa desgañitándose para que el aire revolviera sus harapos sonoros y se los llevara hacia

las nieves distantes; una tijera para cortar una cinta y una cinta para librar un camino. ¡Camino, escuela y luz!, había pedido meses antes el maestro mestizo, gritándolo ronca y deprecatoriamente a las autoridades desde una posición inverosímil, aferrado con un brazo a la verja de la iglesia, gesticulando con el otro, mientras los pies trataban de hacer estribo en las salientes del viejo y desconchado muro colonial. Camino, escuela y luz; una tijera para una cinta, la cinta para un camino y una bomba para llevarla sobre una cara y la memoria. Polvo en las hojas, un recuerdo irreal: tedio, mutilación, tiempo sobrante, vida que irreparablemente gastaron.

Se imaginaba ante un psicoanalista, refiriéndole su propia historia, para que el otro lo ayudara a encontrarse, a revelarse por entero en alguna soterrada clave de infancia. Pero creía saber lo suficiente de Psicoanálisis como para estudiarse a sí mismo, en sueños, en conatos, en actos fallidos. Y si el psicoanalista imaginario no conocía el alma de América, acaso tampoco pudiera llegar a conocer la suya. Era fácil que acertara a descubrir la extrañeza creciente que había ido alejándolo de Leonor, ese receloso y dispersivo crecimiento interior de la madurez que había ido separándolos, que los había hecho despertar cada mañana más ajenos el uno al otro sobre la misma almohada. Habría podido indagar las secretas fuentes de resentimiento y responsabilidad que generaban esa distancia, a partir del día en que la cara de la mujer se arruinó, por el escrúpulo de acompañarlo siempre, de compartir sus días y sus actividades. ("Ese celo arábigo-español de nuestras mujeres, tanto tiempo relegadas y oprimidas" —pensó, trasponiendo a cifra sociológica la historia de unos celos comunes).

Desde aquella tarde la hermosa cara se había conver-

tido en la irremisible mueca, y era esa mueca más que el rostro la que había envejecido. Ella, la antigua Leonor, la hembra anterior a la bomba, habría tenido una vejez menos tensa, menos crispada, más noble. La habría tenido, si aquella tarde no hubiera muerto.

Pero también América, extensión de crudas intemperies, tenía algo que ver en el proceso de esa maduración dispar, de esa desinteligencia incurable que se había aposentado entre sus dos vidas. América era el teatro ideal para las incomunicaciones, para el remotismo, para la hosca soledad del hombre. Con cierta irreversible melancolía, consideraba que esa adultez divergente no habría podido ser tan aguda en Europa, un continente que rodeaba al ser humano de otros estímulos, sin obligarlo a afirmarse sombríamente en los propios estribos, en ese último elemento hostil que hay en el reducto de toda personalidad. Recordaba ahora la escena en el escritorio de su padre, el día en que le anunció que iba a casarse. El viejo profesor se atusaba el bigotito afrancesado, dejaba que la mano se perdiera distraídamente entre los hilos de la barba que encanecía. No parecía disgustado, sino abismado en quién sabe cuál momento de su íntimo pasado, ése que nunca llegan a conocer los hijos. Luego, uno de sus dedos empezó a dar golpecitos en el globo terráqueo, haciéndolo andar en pequeñas ráfagas, como si el mundo—con el hombre y su carga de felicidad, lo único en que podía pensar un novio— girara a impulsos espasmódicos.

El azar, el temor y el misterio de dos personas que, acollaradas en su juventud, deben crecer juntas: eso es el matrimonio. No podría asegurar que ésas fueron las palabras; pero tal fue el pensamiento del padre, la cauta y retraída advertencia. No prometía un porvenir arrebatado o doloroso, el suplicio carnal de Paolo y Francesca.

Hablaba desde la calma de sus años, sin desconsuelo ni rastro de pasión.

Al menos, su padre había muerto en América, con las ventanas abiertas a la dura y congelada paz de la montaña, firme y silencioso como si la tierra estuviera cobrándole las horas vividas. El gran médico, el sabio profesor, el político desdeñoso de los honores había pensado siempre en la muerte con una tiesura arrogante y metáforas de cuño masónico: "hasta que la tierra recoja nuestros huesos", "hasta que sólo seamos polvo y sombra". Dios, el dios de la vida cotidiana y de las invocaciones, se retiraba en esos momentos de escena, como si el doctor sintiera una necesidad visceral de estar solo y medirse con su soledad.

A él, primitivo y cortés, quizá ese estilo de muerte terrígena le fuera negado. Algún día había comenzado a trazar las líneas de un poema en que se lamentaba de su desasimiento, de su huraño desprendimiento de las cosas. Pero lo había dejado a medio escribir, sobre una imagen poco insigne: la planta con las raíces al sol. ¿A qué terminar una endecha de esa índole, si su mismo destierro espiritual vivía enajenándole posibles lectores? Había vuelto entonces a sus investigaciones escrupulosas, entre las que solía deslizar —como disparates vitales, como botellas al mar— líneas y visiones criptológicas, con un desesperado sabor a profecía. El libro en pausado curso de elaboración se llamaba *Los aborígenes* y estudiaba el surgimiento, la condición y el destino de esos indios y mestizos cuyos rostros lo habían cercado desde los días de la niñez, éstos que a veces sentía latir apagadamente en su misma sangre. Algún crítico del futuro tal vez descubriera que había querido escribir una encarnizada tentativa de autobiografía étnica, una forma de disolución del propio ser

en el ser de la raza.

En todo caso, ésa era una intención rescatable más allá de la muerte. Lo demás eran frivolidades, como ese artículo desenfadado, impune y ocurrente, que el pequeño círculo había festejado en las ruedas de la Embajada. Había sido publicado en el suplemento dominical de "La Nación" de Buenos Aires y se llamaba —con ligera parodia de un título de Moravia— "Massimo o la eficiencia". El amo retrataba allí a su criado, describía las oficiosidades en que era ducho, la taimada sapiencia que había adquirido de tanto rodar entre diplomáticos sudamericanos, entre patronos cuyo turbio origen desestimaba pero a cuya perdurable facundia en dólares serviría hasta su último aliento. En pocos trazos esplendía esa relación de picaresca moderna, entre el ubicuo sirviente que lo desconceptuaba y el indígena embajador, que nunca dejaría de sentirse o de saberse forastero. Desde el punto de vista de quien lo escribía, era un imperceptible, un tenue ejercicio de confesión sobre las propias y púdicas inseguridades. Desde el punto de vista del lector, quien surgía en opulento primer plano era Massimo, en cuya caricatura se enjuiciaba la venal idoneidad de un mundo viejo e indigente, egregio e indecente. Es claro que Massimo no leía en español ni posiblemente en ningún otro idioma, fuera de la mirada que echaba todos los lunes a los resultados del toto-calcio, ese cuadrado que era para él plexo de los periódicos.

Oh vieja Europa, era la frase interna previsible. Pero Massimo o la eficiencia ya había dado con él, y estaba acercándose en medio de las ruinas y sobre los últimos lampos del día.

II

Apenas había salido de la Universidad, con su rimbombante título de Doctor en Derecho y Jurisprudencia, cuando una noche, en la cena de gala que daba en su casa el presidente de la Compañía Industrial Gredales, conoció a Leonor. La Compañía estaba siempre atenta a "los valores promisorios", a los jóvenes bien dotados, a los primeros grumos que delatarían en alguien, al batir de los años, la crema intelectual o pensante del país.

Primitivo, además, formaba parte de eso que algunos *snoobs* de la Universidad empezaban a bautizar como la oligarquía, sin saber demasiado a qué clase de poder aludían. El presidente de la Compañía, Don Lucho Otero, se jactaba de ser más claro y de adivinar dónde estaban "los talentos de este país". Mordía un enorme habano —al que había dejado el anillito de papel que ostentaba la buena marca— y descargaba sus golpes sobre los hombros entonces angulosos de Primitivo, mientras lo presentaba como la última y más brillante de sus adquisiciones.

—No lo haga engreírse —dijo de pronto Leonor, y él adoró instantáneamente esa franqueza, que en el país y en aquel tiempo *no se llevaban*. Debió haberla mirado con ojos entre agresivos, agradecidos y perplejos, porque ella alzó la cabeza con más osadía aun, sabiendo que la fórmula de "más coraje" era la única que podía salvarla de una invasora y tardía turbación, la que le acometía siempre tras la frase arriesgada.

Fue entonces cuando él le pidió que bailaran, y sintió que la mano de Don Lucho se aflojaba; como una compensación celestial, allí mismo se posó un segundo después la mano de Leonor.

Había sido, en realidad, un comienzo engañoso e insolvente, porque ella —mejor estudiada, apalabrada de ideas y sentimientos con una parsimonia que la acosaba insidiosamente, poniendo tácticas notas de un desconocido interés viril en su persona— acababa por mostrarse como la mujer que fiaba su envoltura a una niña, en un punto de indecisión agridulce, subyugante.

—Sus padres deben destinarla a casarse con un gringo —decía él para provocarla. Y seguidamente le pintaba a uno de los desabridos ingenieros sajones de las minas, a quienes el páramo, el trabajo, el whisky y la nostalgia hacían envejecer precozmente, plantándole delante ese horrible proyecto de marido colonial.

—Me casaré con quien se me ocurra, digan lo que digan mis padres —respondía Leonor, y él sólo era sensible a la parte grata del cumplido, al aire propicio de su libertad. “Quien se me ocurra” podía ser también ese doctor nativo y atezado, en cuya escasez de talla y en cuya flacura acangurada, rematada en un vientre absurdo, caído y redondito, se presentía seguramente al abogado maduro y rechoncho, con “bufete, barriga y pasante” —como él había escrito en una sátira estudiantil dirigida a uno de sus maestros, lanzando el *boomerang* que vuelve un día para afrentarnos con la fatuidad insensata de nuestra juventud.

Pero aquella noche todo había corrido con un humor y un brío aligeros, con una condición ingrátida de lucidez y de ensueño. El futuro no tenía espejos para mirarse en aquella sala, no era un testigo de la conversación.

...*Aux vagues senteurs de l'ambre*. El verso de Baudelaire, negado por el vaho subtropical que entraba por los balcones abiertos de par en par (porque Don Lucho vivía en el llano, feraz y caliginoso, no en la vecindad

de la cordillera), sobrenadaba en el recuerdo de aquel instante, ondulaba con una cauda de seducción perversa en aquella inocente improvisación de encanto personal que él había tenido que infligirle, y que Leonor había absorbido —ya semirrendida— con sus húmedos ojos negros tan abiertos como los balcones, pero menos abotagados y tranquilos que todo lo que cuajaba en la calma de la noche.

Cuando Don Lucho lo recomendó al Presidente, y éste lo nombró prefecto del distrito que incluía, entre otras zonas, a la mina de Obrajes, una de las más importantes de la Compañía Industrial Gredales, Primitivo y Leonor pudieron casarse. Tal vez hubiera que decirlo de una manera más romántica, pero ésa fue la pura cadena de los hechos.

Y así fue como galopó hacia ellos, con la polvareda que había de ensuciarles la tersa felicidad, aquella huelga; así llegaron los primeros disturbios y la orden del despliegue policial.

El socavón abría sus bocas en la altura y hasta allí, por un serpeante camino de mulas, treparon los carabineros. Las piedras fueron contestadas con disparos y tras un guijarro en la frente o una bala en las entrañas los indistintos mestizos de la sedición y de la autoridad rodaron por los barrancos, quedaron enganchados —con un mismo vítreo gesto boquiabierto— en zarzas de las que ninguna mano de hombre vendría a arrancarlos.

Con una intransigencia caprichosa y perentoria de recién casada, Leonor insistió en acompañarlo a la inspección final del sometimiento de las turbas, en Obrajes. Insistió hasta el escándalo; y fue.

Del viejo automóvil hubo que pasar, en el último trecho, a las apabulladas acémilas, más humilladas por su misión que esos otros seres cansados, desharrapados y

sucios que los rodeaban en un cerco de fusiles, con una impasibilidad sin pensamientos que no se sabía si protegía o amenazaba.

Leonor, bajo el quitasol de seda punzó que era una errata entre aquellas caras patibularias y barbudas, contra aquel paisaje óseo y ocre, calcinado, seguía —en otro de sus puntos indefinibles, entre la diversión y la alarma, entre la historia para contar y la premonición de sucumbir en ella a mitad de argumento— los lentos y estúpidos movimientos de la tropa al sol, sobre el fondo de un cielo tirante y limpio, apuntalado por los arbotantes de la montaña. Era esa fugitiva hora sin neblina, el quebradizo comienzo de la tarde.

Entraban ya al poblado, por el caminito que torcía entre las casas, cuando se oyó de pronto, no demasiado intensa, más conmoción que ruido, la explosión de la bomba. Primitivo tenía vívidamente impresa en su mente la escena, sus ojos la habían fijado con la nitidez de una cámara fotográfica, sus oídos parecían todavía sensibles al chasquido cercano, al grito de Leonor, a los relinchos, al sordo pisoteo, a los tiros que en seguida sonaron. El hombre que la había arrojado (¿un judío, un anarquista, un mestizo?, se había preguntado después la gente, como si el anarquismo fuera una raza y excluyera toda otra posible filiación) desapareció con el brazo en alto, en medio de una nube de polvo. Fue muerto ahí mismo a balazos por la guardia, y nadie se animó a levantarlo, a acercársele siquiera. Seguía allí, a la tardecita, tocado por el reflejo duro y blanco, quebrado, del sol en la montaña, por la resentida luz que viene de chocar con las nieves. Pero la imagen que Primitivo registró fue otra: como en una película del Oeste, su mujer tomándose con las dos manos la cara ensangrentada, en primer plano, y

un desgredado perro blanco cruzando la calle soleada, aquella rampa de tierra rojiza entre muros de adobe, al fondo. Las mulas habían sido sujetadas, a lo lejos, y la sombrilla caída con la empuñadura hacia arriba era un gran hongo de la misma floración sangrienta que invadía la cara de Leonor.

Como en tantos otros momentos críticos de su vida, algo dentro de él se detuvo, una erizada parálisis le impidió acercarse. Estaba —no sabría decir cómo había llegado hasta allí— de pie en uno de los taludes que bordeaban el camino, y su traje blanquecino de polvo atestiguaba que la explosión lo había arrojado lejos, lanzándolo de espaldas. Desde allí, fijo, estupefacto, cuajado en el cuadro, vio cómo el teniente se aproximaba corriendo y tomaba a Leonor en sus brazos. Alguien gritó “¡A la enfermería!” y fue cuando él sintió, como en una lenta ondulación burlesca, desentendida y desalentada de todo, que su propio cuerpo se rendía a tierra, que su aguda tensión paralítica y vertical se desenroscaba, que morir y desmayarse eran —de momento— la misma cosa.

—Señor Prefecto, señor Prefecto —fue oyendo progresivamente con más claridad junto a su oreja izquierda—. La señora está siendo atendida ahora mismito. No creo que sea grave, señor doctor. Pero no vayamos todavía, porque le disgustaría a usted ver tanta sangre. Ella, la pobrecita, es muy valerosa y sólo se preocupa por usted. ¡Un poco de fuercita y ya estamos!

Se sentó en el suelo, sintiendo la espalda listada y dolorida.

—Quiero verla ahora mismo, teniente...

—Cándido Lafuente, para servirlo —se presentó el otro, creyendo que la pausa buscaba su identidad, cuando sólo era desconcierto, irresolución, extrañeza de oírse dicien-

do una cosa y deseando la contraria. Porque no quería verla ya, sino una vez que la hubieran curado.

—¿Pero no está mal, teniente Lafuente? Si usted me lo asegura, puedo esperar a que la atiendan. Eso sí, quiero que vaya a tranquilizarla, por favor.

Lafuente no se movió, como si le hablaran en otro idioma. Se volvió y alguien le alcanzó un vaso.

—Señor doctor, hágame caso. Tómese este trago antes que nada.

El largo trago de alcohol catigudo no le supo mal aquella vez; por el contrario, fue devolviéndole poco a poco las fuerzas, como si le tironeara hacia arriba, desde el centro del pecho. Se alzó entonces y se puso a caminar, con una calma y una compostura frágiles, del brazo del teniente.

Muchas veces habría de recordarle después que en aquella corta caminata se había dejado penetrar por un desmesurado y confuso agradecimiento, como si el apoyo que Lafuente le ofrecía borrara momentáneamente, hiciera retroceder al pasado la desgracia ocurrida.

Había tornado a verlo un par de años después; y al reanudar la amistad, había vuelto a sentir aquella impresión de confianza que el rostro moreno, el lacio bigote indio y las lentas maneras de Cándido le infundían. Había sido en casa de Rogelio Murano, en una de aquellas tertulias literarias pobladas de poetas tropicales, en donde se discutía, hasta la saciedad del ripio mental y del aguardiente, la tesis del "pueblo enfermo" de Arguedas o cualquier otra doctrina a la moda, de ésas que parecen a veces más visibles que la propia faz de América.

Los años habían inflado aquel rostro de ojos tirantes y oblicuos, habían clavado un rictus ligeramente despectivo en las comisuras de la boca. Como tantos otros mesti-

zos —tristes por dentro— Cándido Lafuente perseguía la borrachera como un fin en sí, como la forma de quebrar un límite y traspasar no sólo esa noche sino la taciturna vivencia india que parecía haber tenido, antes que ése, otros avatares.

Con la guerrera desabrochada y el gesto ceremonioso y a punto de averiarse —esa irritada obsequiosidad que luego se resolvía en violencia, y hacía estallar las copas contra la pared— Cándido impedía que nadie se fuese de la reunión.

—La noche es aún joven —decía.

Y cuando el interlocutor era alguien a quien sabía que podría llegar a querer esa noche, como si también la amistad tuviera ancestros que se reencontraran, la frase era otra. Primitivo la asociaba al gesto con que aquella misma madrugada, en casa de Murano, Cándido lo había detenido, poniéndole una mano en cada hombro:

—Pero hermanito, si recién estamos llegando a la hora del yo te estimo.

Media hora más adelante lo conminaba a tomar junto a él. Se levantaba abruptamente, mojaba un pequeño hisopo en el adobo, picante hasta las lágrimas, y lo pasaba por los labios de Primitivo.

—El picante quiere trago, hermanito. ¡Venga trago!

No siempre sus embriagueces eran tan emprendedoras. Primitivo evocaba aquel amanecer en que, sin que lo mencionaran después, había podido pagarle su deuda irracional de agradecimiento.

Había sido en la misma habitación en que él tenía su estudio de abogado, por donde desfilaba durante el día una teoría de banqueros inquietos y maridos infelices, pidiéndole consejo, y entre cuyas paredes bullía por las noches, para restablecer el equilibrio, un eterno y desor-

bitado coloquio sobre El Destino de la Patria o cualquiera de las otras excusas solemnes que quiere la propia abulia para encharcarse en alcohol.

Cándido había llegado a ese punto de extrema depresión, de abismal caída alcohólica en que no podía alumbrar más idea congruente que la del suicidio.

—Hermanos —dijo—. Este país no tiene salida, estamos todos perdidos. Yo lo resuelvo aquí mismito y me mato.

Empujó, hendiendo la tertulia con un último resto de fuerza animal y llegó a asirse, voleando una pierna para saltarle por encima, al barandal labrado del balcón. Mientras forcejeaba con otros dos borrachos, en quienes —por contraste— la ocasión exaltaba un empecinado instinto de vivir, Cándido Lafuente repetía sus denuestos contra la existencia, proclamaba brutalmente el sinsentido de toda otra solución que la de eliminarse.

Primitivo llegó hasta él y le tomó la cara descompuesta, mirándolo ansiosamente. De pronto, sin saber cómo, se le ocurrió el argumento que podía rascar en la última zona recuperable del borracho, suscitar el único tic salvador: el argumento de la caballerosidad.

—Pero Cándido, usted no puede hacerle eso *a su amigo*. Usted no puede hacer eso *aquí*.

Estaban al borde del balcón de hierro forjado, sobre el abismo apenas visible de la callejuela estrecha, y tenían casi junto a los ojos la fachada de aquella casa española de enfrente, a través de cuyas ventanas siempre abiertas veían leer, escribir, circular, tocar aires indios al piano —invariablemente vestido de hilo blanco, reflexiva, ópima, abrumada la poderosa cabeza indígena y la hirsuta cabellera cana— al grande y único filósofo y pensador a quien respetaban, el que muy pocas veces alzaba hacia ellos, sin verlos en su ensimismamiento, aquella mascarilla de un

Beethoven mestizo.

—Pero Cándido, usted no puede hacerle eso a su amigo—. En ese triunfo de la amistad y de la hidalguía sobre las presiones del alcohol y la muerte, estaba el alma de Cándido Lafuente y también el alma del país.

Tal imagen sobrevivía al paso del tiempo. “De pie ante esas ventanas, que abrían *en face de la montagne*” —como escribió un día en francés, negando la carnalidad desnuda y criolla de aquel paisaje de cordillera— de pie ante esas ventanas que nunca se cerraban.

Los años, fundiendo los planos del recuerdo, devolvían una sola escena: en primer término, Cándido curvado sobre el barandal y él tomándole la cara mortal y cenicienta con las dos manos; al fondo el filósofo indio, discurrendo con su melena blanca y su rostro oscuro, de Buda americano, vagamente cubierto todo el cuerpo por flotantes vestiduras claras, que hacían más el efecto de un sarape que el de un traje a la europea, aunque —bastamente cortadas— en definitiva lo eran. Esa golpeteante figura de fondo estaba sola en la memoria y tenía un gesto inescrutable. Su enigma no se entregaba fácilmente al hecho de que lo hubieran visto leer, escribir y a horas siempre iguales, rodeado de sus hijas, comer. Por esa dignidad esquiva de ser pensante en un medio que negaba al pensamiento, por esa profundidad que estaba más allá de los ojos, antes que por revisar lo que de él habían leído (recién ahora, maduro y solo, perdidamente admirativo, estaba haciéndolo en los silencios de la Embajada), les parecía a todos alusivamente entrañable y viviente, único y venerable sobre la ola de descreimiento que no dejaba nada en pie. Como Cándido Lafuente al borde del balcón, aquel fantasma filosofal era también el país, perdido dentro del país.

Con la Revolución Nacional, un mendigo dormido

en lecho de oro despierta y echa a andar. La frase era hermosa y bautizaba una realidad de sangre y cuerpos anónimos, el alzamiento, un tumulto de pueblo entero. Primitivo pensaba a veces si ese mismo mendigo dormido en lecho de oro no sería el que había arrojado años antes la bomba, si ese mismo mendigo no habría sido anestesiado durante décadas y décadas por los paladines del conformismo nacional.

Un mendigo dormido en lecho de oro... Cándido Lafuente había enfrentado la muerte a pecho descubierto y una vez más la muerte lo había perdonado.

El detalle inconexo que en secreto nos niega, un azar sardónico pueden dictar nuestra suerte. Lafuente era el triunfador y Cortés, indeciso en la primera hora del estallido, había salido a abrazarlo en las calles de la ciudad, a confundirse con la turba terrosa que lo rodeaba. Aquel rostro surcado de arrugas y sembrado de islotes de barba rala, aquella cara deflagrada de polvo y de cansancio lo había recibido con una sonrisa ancha y blanquísima. La embajada era la reflexión que había seguido a la sorpresa, el retraimiento tras la emoción, la componenda honorable. Bien pensadas las cosas, la Revolución lo había aceptado y, retomada la calma, lo había despedido suavemente, lo había destinado a un destierro muelle y de oro, como el lecho del que estaba alzándose el mendigo secular de la frase.

Él había sentido desteñirse esa primera aquiescencia, había puesto todas sus fuerzas en asirse a una realidad bravía que lo ladeaba. Encarnación, su antigua amiga, contaba ahora en las primeras filas de la guerrilla revolucionaria, era un personaje providencial.

Ella, la Goti, Primitivo y el Coronel Gaudencio, cuñado del General Lafuente, estaban sentados en torno a la

pobre mesa de pino, rodeando un bosque de botellas de cerveza vacías. Él sentía que lo miraban como al Doctor, como al hombre de otra extracción y otro rango, que se allanaba a durar en medio a un nuevo orden, que deponía —quién sabe con cuánta repulsión— sus lecturas y sus refinamientos, para comulgar en aquella orgía de fraternidad con la plebe que no se bañaba.

—Goti, hijita, traim'un trago, po'—decía Gaudencio, sin pedir nada para Cortés, como una forma de ominosa exclusión.

Sentado casi al borde de la silla, él olía el hedor a lana mojada, sentía sobre sí los ojos ladinos del mestizo, como si una lenta gelatina lo recorriese hasta la náusea. Y Goti, que no era su hijita, traía el vaso lleno. Gaudencio lo tomaba sin avidez diciendo, a modo de supremo elogio:

—Mi Gotita liliinda.

...despierta y echa a andar.

Se pasaba el revés de la mano por los bigotes húmedos y cazurramente se dirigía a Primitivo:

—Así, mi doctor, que usted había sido amigo de Cándido...

III

Ella se había tomado la cara con las dos manos porque había sentido el latigazo caliente de las heridas. Las esquirlas se le habían hincado en el rostro, seccionando músculos, tajeando la carne. Durante algunos días aquel horror había desaparecido bajo los vendajes, que dejaban apenas una angosta mirilla para los ojos. Cuando el médico supuso que la cura había terminado, que los costurones rosáceos cicatrizarían mejor al contacto del aire, desnudó su obra.

Leonor corrió hacia el espejo oval de su cómoda y encontró allí una cara irreconocible, cuya palidez contrastaba con los surcos casi morados, con las tensiones faciales que dibujaban una mueca provocativa, insoportable.

Espantada, se echó con violencia en la cama y se puso a llorar convulsivamente.

—Mi Dios, ¿por qué no me habré muerto, por qué no me habré muerto?

—Puede hacerle mal, los tejidos están aún muy débiles —decía el médico, contrito al pie del lecho, con la oprobiosa certidumbre de que era su propia ineptitud y no la cara de alguien lo que causaba asco.

Primitivo se había mantenido en la habitación contigua, donde el doctor había sacado el vendaje y soltado los últimos puntos. La sensación de que la mano del médico iba descubriendo rasgo a rasgo una momia viva, trémula y gesticulante, era ya bastante para asomarse ahora a confortar a todo aquel rostro, para allegarse a él y abarcarlo en una mirada que quisiera ser de amor y compañía y sólo trasuntara una energía conmisericordiosa, una piedad puesta de pie sobre la íntima desolación. *Este es el gesto que va a seguirte desde hoy para siempre.*

Había ido a la biblioteca, se había servido un largo trago de coñac y se había quedado mirando fijamente, a través de los cristales, el friolento paisaje soleado de las alturas. "Habrá que hallar un pretexto para descolgar la mitad de los espejos" —pensó, porque en la casa los había al fondo de los corredores, en el envés de las puertas, en los trinchantes del comedor, en los botiquines del baño.

Un par de días antes lo habían nombrado ministro de Trabajos Públicos y Comunicaciones; la vida pagaba de este modo inconciliable.

No había pasado tanto tiempo desde los días de la Invitación al Viaje, y todo había cambiado. Asistía a uno de esos trances en que el pasado avanza sobre el presente, en una confusión arrebatada de imágenes, en busca de un sentido último. Hacer una carrera desde el poder, señorear aquel hato de indios y mestizos del que había salido la mano que había convertido en algo peor que la muerte, que había transformado en una compañía crispada y desagradable, la antigua, plácida presencia de la mujer hermosa y joven, ¿tenía algún significado, podía ser el objeto de una vida? Vivir para aquéllos hacia quienes lo animaba tan sólo un difuso sentimiento de miedo, rencor y venganza, ¿no era un contrasentido?

En ese mismo rincón de la biblioteca, una semana después, tuvieron su conversación aclaratoria. Parecían distendidos y resueltos, tranquilos y decididos a hablar hasta el fin. Pero un extraño desasosiego, un hosco encojimiento, el resto de algo que ya no podría comunicarse flotaba entre los dos.

—Quiero que tomes de una buena vez en cuenta mi pedido de separarnos —dijo Leonor.

Tenía el aire honesto y torpe de quien desliza en el trato una superchería contra sí mismo, con el propósito de liberar al oyente de cualquier compromiso.

—Ya te he dicho que no es posible, y que no veo ninguna causa —dijo él (*noblesse oblige*) volviéndose hacia la ventana, para no mirar aquella mascarilla contraída y dolorosa, que podía ser *la causa*—. Nos hemos querido siempre y nuestros sentimientos tienen que sufrir la prueba, tienen que aclimatarse a otras condiciones de vida. Ese es todo el asunto.

¿Qué otras condiciones estaba mencionando? Tal vez aquéllas que los aproximaban aún más, en el inevitable

confinamiento, echando a cada uno en los brazos del otro. Lo que podía llamarse, en el fondo de sus urgencias, el amor sin facciones era más fuerte que antes, o estaba por lo menos más necesitado y solo. El aislamiento equivalía a renunciar a aquella perezosa y discursiva vida social, todavía con tinte a coloniaje, que estaban forzados a hacer los ministros. En buena parte, Primitivo sabía que la desgracia de su mujer lo estaba descargando de muchas majaderías, y en definitiva acaso lo ayudara a encontrarse, si es que había algo que tuviera que inclinarse a buscar en sí mismo.

—No te hablo de divorcio, porque ya sé que no existe entre nosotros y porque los católicos tenemos que repudiarlo —y se advertía, por el tono de la afirmación, que ese repudio no era, en ella, una categoría sentida—. Te hablo de otra cosa. De una separación pacífica y a la espera de que el tiempo madure en cada uno de nosotros una determinación. Sólo podría creer que hay razones para que estemos juntos, si volviéramos a estarlo después de una separación. Ahora, seguir así es inercia conyugal, como dijiste una vez, hablando de tus padres.

—Estás muy perturbada aunque se te vea calmosa —repuso él con estupor, casi indefenso ante el recuerdo de su irreverencia filial—. Con todo, voy a decirte algo: esa separación va a venir, pero por otros motivos. He tomado ya todas las providencias para enviarte a Nueva York, a una clínica de cirugía plástica. Yo no podré acompañarte, porque el ministerio es fundamental en todo este rompecabezas.

—¿Mandarme a Nueva York? —dijo ella, realmente alarmada—. Primitivo, bien sabes que no tenemos dinero.

Él enfrentó, ahora sí, al rostro indócil en que se trazaba la caricatura de la sorpresa.

—La semana próxima se firmará el contrato para los durmientes del ferrocarril del Norte —dijo—. Tendré ese dinero.

Leonor no podía pasar rápidamente de un sentimiento a otro, sobre su faz endurecida, casi tumefacta. Pero sus ojos cobraron un brillo húmedo y equívoco: ¿agradecimiento, caída desde el paraíso de la semi-inocencia, la semi-inocencia de no preguntar para no saber, en que hasta entonces había vivido?

No lo dijo. Pero él sintió a su vez que aquellos ojos descubrían, recorrían por primera vez en él un rostro diferente, una cara resuelta y concupiscente, que presumía de impávida. Él también tenía su rostro Después-de-la-bomba, ¡qué diablos! Cara a cara, ahora era posible gozar una forma de lúgubre alivio: el de que se sintieran instalados en el corazón de lo cierto, el de que pudieran mirarse sin necesidad de mentirse, conscientes de la cruda fealdad de la vida.

No fue una sola operación pero tampoco fue un solo contrato. Los cirujanos tallaron despaciosamente la cara de Leonor y los concesionarios tallaron despaciosamente la faz de la llanura, hacia el subtrópico norteño. Y una cosa valió por la otra.

Llegaban las cartas, las aceradas fotos científicas que documentaban el proceso facial, con la misma tajante precisión que si se aplicaran a puentes o cordajes, como si refirieran un himno a la ingeniería, un canto fluvial. Lejos pero confiada, asistida por el séquito adulador de los diplomáticos y sus mujeres, Leonor se sentía volver a la vida y lo decía con una tenaz perseverancia, con un convencimiento proselitista. Otras fotos la mostraban con sus nuevos amigos, enfundados en abrigo de pieles sobre la nieve del Central Park, visitando Lugares Famo-

sos, viviendo Momentos Inolvidables.

Él sentía ahora el aflojamiento, la desalentada y remisiva voluntad de abandono que ella había querido insuflarle antes del viaje. Leonor corría –al fin– deslumbrada (y él diría, por una extraña transferencia de lo anímico a lo visual, que con la cabellera suelta) por una larga galería de artesonado y espejos –*Les riches plafonds / Les miroirs profonds*– mientras él, urgido por los compromisos envolventes que financiaban aquel viaje de cura (y no de descanso) se internaba en la miseria del país, trabajaba sobre la comezón de sus nervios desnudos, acuciado por la sensación deudora de su venalidad.

...*Aux vagues senteurs de l'ambre*. Ahora podría traducirlo por la simple semejanza fonética, como lo hacían de novios disparatadamente, para no sentirse extranjeros, con *Las Flores del Mal* entre las manos, en aquel país de irredimible pobreza: *En los vagos senderos del hambre*. Por los vagos senderos del hambre ajena andaba él, infatigable y pesaroso, con su morral de cavilaciones nocturnas, con el azareo de su conciencia intranquila. “Ellos me lo hicieron y tienen que pagármelo” –solía pensar con artificioso conformismo, para exculparse momentáneamente, como era más fácil hacerlo al mediodía que a la caída de la tarde. “Ellos la arruinaron, que carguen con el precio de devolvérmela”. Pero era difícil reconocer la culpa en aquellos rostros mansos, casi pétreos, en aquellos ojos de esclerótica turbia, en aquellos labios en que se secaba el hilo verde de la hoja que masticaban, en aquellas comisuras que bailoteaban dos gotitas de esmeralda húmeda. Y era todavía más difícil imaginarse que Leonor –la de las cartas entusiastas y descaradas, llenas de garrulería sociológica sobre *the american way of life* y tantos otros tópicos de carnet de viaje, la del cuaderno diario

con anotaciones sobre gente, sitios y remansos de introspección ofrecidos a la admiración del semejante y a la desazón del marido— pudiera serle “devuelta” algún día, tornara a ser la misma de antes.

“Primitivo, ¿qué habría sido de mí sin las perspectivas *vitales* (subrayaba el vocablo) que me ha abierto este viaje? Algún día será Europa para los dos, pienso. Entre tanto, me felicito de haber sacado la cabeza fuera del agujero natal, fuera de ese ombliguito de terracota en que hemos vivido por tanto tiempo como si fuera El Mundo”.

Sentía, al leerla, una sensación de saqueo entrañable, de escamoteo, de tramoya *vital* (como diría ella); también él habría podido anotar en su Diario, si alguna vez se le hubiera ocurrido llevarlo, una curiosa experiencia psíquica: la del marido forzado a aceptar, en apariencias y por debajo de la apariencias, la suplantación de su mujer, fingiendo considerarla una y la misma. “Un tema de Pirandello”, como decía Rogelio Murano ante cualquier circunstancia de la vida. Pero esta vez sí lo era. La cara de estereotipia sonriente que los cirujanos de Nueva York estaban esculpiéndole era, en definitiva, un cambio menor. Lo profundo era ese sentimiento de enajenación, ese delirio de identidad a que las cartas de ella lo arrojaban.

Debería haberla llamado, haberle pedido que abreviara el viaje, limitándolo a las necesidades del tratamiento. Pero no lo hizo. En aquellos mismos días, desde las oquedades del país atravesado de punta a punta, desde el fondo del ombliguito de terracota había aparecido Encarnación. Y en tanto Leonor declamaba en postales de Navidad donde ya estaban impresos en inglés los Mejores Deseos, él sintió que su deseo por aquella otra mujer a quien había conocido en una remota estación, como telegrafista de los ferrocarriles, y a quien había hecho

poco después su secretaria, lo hacía desandar un neblinoso camino que parecía haberse cerrado sobre los últimos años, el camino que lo conducía a una empañada ciudad de llanura y a los días de su juventud. La imagen de Ilse en su casa de patio de damero había vuelto con una lozanía casi agresiva, había refrescado y alivianado su vida, lo había devuelto a aquel tiempo de inocencia en que creyera depravarse mordisqueando un racimo de uvas.

Encarnación era cobriza y robusta, sin poesía posible, con ancas poderosas. No había ningún resquicio de la imaginación en que admitiera ser sublimada o idealizada. Pero era el amor, la lumbre y el abrazo del país, devolvía un fondo perdido de sequedad a la garganta, un sabor oscuro de tierra a la boca.

—Usted no me haga cumplimientos —decía—. Yo no puedo esperar que esto dure.

No duró, claro está, pero había llegado a ser algo, en su fugacidad sin promesas trampeadas. Fue la misma Encarnación quien le trajo un día el cable, al despacho de la Comandancia, desde donde seguían el trabajo de los zapadores.

—Papito —dijo tranquilamente, con una calma resignada que parecía casi alegre—. Esto se acaba. Aquí dice que su mujer vuelve el sábado.

Volvió, sí, con un rostro terso y tirante, de sonrisa perenne. Volvió con una piel lisa y unos ojos ávidos, con un hermoso traje de *tweed* inglés y zapatos y cartera de cuero de cocodrilo, como nunca había usado antes. Volvió poniéndole la mejilla recién cosmetizada, el rostro recién perfumado que había parecido flamear en la escalerilla del avión. Volvió hablando con una deliberada versatilidad, que era el módulo internacional de la elegancia. Todo le asombraba ficticiamente, todo le resulta-

ba divertido, la vida misma le parecía *funny*.

Con los días, sin embargo, la novelería fue cediendo, la rutina propuso sus transacciones insensibles. Leonor, con su cara desplegada y su refulgente mueca dental, había regresado a las tertulias que la bomba le había hecho desertar, había dejado que los demás consumieran en ella la cuota de estridente novedad que había en su rostro, en su experiencia, en sus maneras.

Pero al cabo de unos meses acabó replegándose en la intimidad, sintiendo acaso que no podía comunicar las posibilidades de vida que había entrevisto, que carecía de persuasión para que aquello fuera otra cosa que el rastacuerismo de una fascinación prestigiosa, dicho a quienes no podían acercarse a sus fuentes. Primitivo pensaba a veces que la misma experiencia de que ella alardeaba había sido un fraude, que la felicidad que librara a la distancia había sido tan sólo una forma noveletera de sublimación epistolar, de salvación por la escritura, un suntuoso disimulo de la soledad que había empezado a calarla.

Orgullo, miseria y pena. Eso era lo que había traído el tiempo para aquel rostro que, aquietadas las aguas, envejecía sin la defensa de un gesto cordial.

Una noche, leyendo a Víctor Hugo, ella había encontrado los dos versos que habrían de seguirla por el resto de sus días:

*Car je n'ai vu qu'orgueil, que misère et que peine
Sur ce miroir divin qu'on nomme face humaine.*

Orgullo, miseria y pena. ¿Podría haber sido escrito mirando un rostro distinto del suyo? Orgullo, miseria y pena: toda su vida empezaba a caber en estas tres palabras y ellas eran prohibadas, en indiscernible amalgama,

por la tirantez de los rasgos, por la amarga liberación expresiva de los ojos —hechos a decir algo por encima del gesto esclavo y acorralado, sobre la violencia implícita de una nariz, unos pómulos y una boca desavenidos.

Era lo que no mudarí ya al paso del tiempo, lo que envejecería en un orden propio, sin mitigar su turbadora extrañeza.

Orgullo, miseria y pena. Lentamente, los años empezaban a decir una verdad soslayada entre ellos dos, una palabra no balbucida, empezaban a mostrar las cartas que no podrían haber estado eternamente boca abajo. La conciencia guardiana de que llevaba aquel gesto duro y dibujado hacia los otros le había cercenado toda posibilidad de ser infiel, de buscar en otros hombres lo que ya no hallaba en el suyo, lo que comenzaba a morir irremisiblemente, lo que podía tocarse con la yema de los dedos.

¿Lo habría querido realmente alguna vez? Pensaba que sí, y no quería preguntarse por cuánto tiempo. Pero luego él había puesto la demostrativa piedad y ella había replicado con su catolicismo compulsivo. Y ambos habían sido más ostensibles que el amor. La falta de hijos era en cierto modo el comentario, el vaciado de aquella aridez que había acabado por instalarse definitivamente entre los dos. La inercia conyugal, como él había dicho.

Orgullo, miseria y pena.

IV

En el atardecer, el salón gris de la Embajada —en que Primitivo leía o despachaba correspondencia— tomaba un ligero tinte purpurino, que se contagiaba a las paredes, a las ringleras de libros ajenos que contenía aquella man-

sión que se alquilaba con sus muebles y su biblioteca, a los cuadros que —en cambio— el inquilino había querido que, en aquel espacio íntimo, fueran los suyos. Los suyos y no los del duque propietario, que había entregado su *palazzo* atiborrado de medallones académicos, de ambarinos rostros de abolengo, acompañando su recorrida final con la exaltación enfática de aquellos grandes artistas, “hoy deplorablemente olvidados”.

Eran los suyos, sí, pero no podía decirse que enteramente los hubiera elegido él. Porque a su lado estaba, ahora mismo, Carlos Ventura, llegado a Roma varios años atrás, con una beca de Bellas Artes, e incorporado a la Embajada en forma extraoficial, como consejero privado de los embajadores, como asesor artístico, como secretario para clandestinidades varias, desde el capítulo de “las liberaciones” (whisky, caviar, porcelana de Sèvres, automóviles) hasta el de las amantes que sus antecesores habían tenido y Primitivo no. Ventura conocía a todas esas duquesas, condesas y marquesas que inevitablemente acaban por aparecérselo a los embajadores americanos, cuyo exotismo abotagado crea en ellas la superstición del mucho dinero que a veces no manejan; duquesas, condesas y marquesas más o menos apócrifas, abatidas a un nivel miserable de subsistencia —incapaz, sin embargo, de doblegar su arrogancia o averiar sus finas maneras, que las hacen circular como aves de paraíso entre los criollos quietos, macizos, torvos y ligeramente intimidados por las displicentes y sabias tradiciones de esa corte internacional de los milagros con que ellas sustituyen su improbable corte europea, hoy desaparecida. Hasta que el alcohol o el deseo hacen saltar en aquellos *stranieri* un resorte oculto de violencia y las aves de paraíso sucumben del modo menos pomposo, subastando hasta el recuerdo

de su nobleza.

Cuando se había tomado unas copas —y en vez de Embajador llamaba al Dr. Cortés jefecito o, mejor aun, “hefecito”, porque como todos sus compatriotas aspiraba la jota hasta convertirla en una hache o en el vacío sorbido de una letra indefinible— Ventura solía narrar su oficio de celestinaje en la Embajada, las intermediaciones poco gloriosas en que había desplegado su tacto innato de mestizo, ahora pulido con los recursos autodidácticos del vividor.

—Durar en Roma, hefe, me ha obligado a ingeniarme. ¡Qu'hemos d'hacerle!

Tal vez se ingeniaba asimismo cuando corría hacia su Embajador con la versión de una primicia absoluta, de un descubrimiento reciente:

—Excelencia —declamaba esas veces—. ¡No se le ocurre a usted lo qu'es ese chico! Ahora parece uno de tantos fracasados, en su tenducho de la vía Marguta. El año que viene venderá todo lo que haga, más caro que Bernard Buffet. ¡Se lo arrancarán de las manos!

Ventura mismo era un pintor mediocre, y su talento para vivir era muy superior a su inspiración artística. En tal situación, ¿podía creérsele? Él juraba que sí, que alternaba noche a noche con gente que sabía —críticos, pintores, *connoisseurs*— y que estaba así al tanto de quién sería famoso mañana; gracias a eso, podía poner en manos de su embajador negocios excelentes.

La pequeña galería que iba desde el salón gris al salón de los espejos estaba poblándose de esas notabilidades inasibles, tomadas justamente en el minuto anterior a la eclosión del genio, al despertar seguro, a la valorización fabulosa. Los gustos o las corazonadas de Ventura iban de la pintura de denuncia social hasta el arte no figurati-

vo, con una credulidad ecléctica que Primitivo nunca sabría si se agotaba en la compra en sí o alentaba honestamente hacia el futuro que prometía. Allí estaban los cuadros, en todo caso, con la iluminación —difusa o directa— que Ventura disponía para realzar sus calidades. Rara vez se exhibía a los visitantes esta otra corte de milagros; porque era sabido que los huéspedes la elogiarían, un poco por filisteísmo y otro poco por sentido de agradecimiento a la hospitalidad recibida.

—Yo podía haber tenido un Chirico o un Pougny en lugar de todos estos jóvenes ignotos —decía entonces el Embajador, disculpándose—. Pero Carlos cree que hay que ayudar a los que empiezan.

Y Carlos recogía del visitante una aprobación tenue o indecisa, más hacia su acto de caridad con cheques ajenos que a la certeza de que estuviera haciendo una cosecha temprana de celebridades.

Y entre otros, estaba también representado “el poderoso y sugestivo Carlo Ventura, ojo dramático y mano cruel de una América desnuda”, como había dicho algún crítico complaciente, a quien Ventura fingía no tomar en cuenta.

Por supuesto, él no retribuía la adquisición de sus óleos en la tela misma, sino en otros menesteres: era el artífice de las empanadas caldosas con picante y de las mejores paellas que podían comerse en Roma; y aquí sí recogía panegíricos calurosos, de americanos y europeos que se habían quemado la boca y lo alababan rascándose el cuero cabelludo, entre buches de vino tinto.

—Yo vine con la ilusión de todos —decía cínicamente—. “Exponer en las grandes capitales del mundo”. Y parece que tendré que triunfar un día, no en el arte de Picasso sino en el de Brillat-Savarin.

—En ése y en el de comprar porcelanas, corregía afectuosamente Leonor.

—En ése y en el de tocar la guitarra —agregaba el invitado más asiduo, para dar pie al petitorio de los demás.

Cuando ya la bebida había hecho aflorar en él la tristeza nativa, ese pudoroso artículo de exportación ocasional. Ventura hacía a Massimo una seña casi imperceptible y la guitarra se acostaba un segundo después en sus brazos, como si —tiesa y turgente— hubiera estado esperando tras la puerta del comedor.

Templaba para dejar crecer la expectativa favorable de las sobremesas y arrancaba a cantar, siempre sobre el canevás de la misma melodía, monótona, nostálgica, empecinada.

*He mandao que me entierren
sentao cuando me muera,
así la hente dirá
se murió pero te espera.*

La vocecita débil, cascada sobre un fondo de ronquera alcohólica, tenía —en ese trance de juicio inverificable, café, habanos, licores— una condición evocativa, una nota dulzarrona de melancolía o un repentino estallido de jactancia fanfarrona, y —como la característica más insidiosamente durable— una proclamada afición de pobreza, que insinuaba y amonestaba, casi hasta el arrepentimiento digestivo.

—Si algún día el Hefe se vuelve y me echan de aquí, pongo en Termini un puestito de empanadas y de folklore andino —decía Ventura, estirando de oreja a oreja su ancha jeta de mulato, tras la que surgían los dientes cortos y parejitos—. Hay que vivir, ¡qu'hemos d'hacerle!

Pero aun en esos momentos, Primitivo se sentía —como

alguna vez había escrito, con pedantería juvenil— *au carrefour des deux chemins*. Sus mismos recuerdos americanos, por telúricos que pareciesen, de algún modo aludían a Europa, de algún modo la habían preanunciado, en el mero instante en que habían sido realidad, apetito y vida de su cuerpo.

Mientras Ventura cantaba aquellas coplas viriles y polvorientas, estribillos del páramo, refranes de la fatalidad y el trago fuerte, él se sentía volver a los diecisiete años y a la ciudad de llanura donde había nacido, donde se había criado, donde aún sobrevivía —ya octogenaria— su madre.

Era pequeño y delgado —un doncel insignificante, pero demagógicamente puro— cuando conoció a Ilse. Fue en una tertulia de sábado en el Club Alemán, y él leyó —laudatoriamente presentado a la concurrencia— un poema en el que el sol era servido en tajadas y la luna degollada sobre la calcinación azul de las rocas. Ilse se acercó y sin rodeos lo invitó a que fuera a su casa, la noche siguiente. Ella tenía veinticuatro años y parecía un ser maduro, de envidiables seguridades, de impía desenvoltura, girando alrededor de aquel adolescente cauto y retraído, cuya timidez zoológica era acaso lo único que obraba en ella algún efecto de pasiva seducción. Pudo pensar entonces que la conquistaba; hoy sabía, con un gozo crepuscular, tierno y distante, que había sido tan sólo su cautivo.

Ilse lo hizo pasar a un saloncito lleno de fotografías, con una mesita circular de bronce cargada de pipas, con recuerdos de París —*mein geliebtes Paris*— mirándola desde todos los ángulos de la pequeña habitación. Heydel, el marido de Ilse, era un ingeniero de las minas, notoriamente mayor que ella, notoriamente aburrido, notoria-

mente dispuesto a irse a dormir en cuanto hubiera acabado su tabaco.

Quedaron solos y ella lo abrumó con una coquetería peligrosa y audaz, que consistía en suponerlo un niño y ofrecerle bombones en la boca. El gramófono siseaba una canción francesa mientras ella le hacía sentir sobre sus labios la punta de sus dedos juntos, que se demoraban provocativamente en el acto de alimentarlo.

Cuando Heydel regresó a la mina e Ilse dio en sentirse sola en la casa y en la ciudad provinciana—chatas, extensas, coloniales— Primitivo empezó a verla allí casi todas las noches.

Ella convocó entonces a algunos extranjeros melancólicos, forzosamente lacónicos, que llegaban a la reunión con sus zapatos bastos y enlodados y se sentaban en el suelo del saloncito, apuntalándose con los *poufs*, de guarniciones y borlas doradas, que Ilse sembraba artísticamente por todos los rincones.

Hacia el fin de aquel verano Ilse impuso, casi sin consultarlos, el ritual del racimo de uvas. La rueda era ya más grande, y la habían trasladado al patio de baldosas blancas y negras, circuido por una recoba de arcos romanos, calmosamente decorado por plantas tropicales que endurecían un gesto de dedos abiertos en la cuajada pesadez de la noche. Allí también los cavilosos desterrados se reclinaban sobre cojines y fumaban mirando el remoto cielo nocturno de aquel estío seco, inmisericorde.

A la vista de todos, Ilse llenaba una bandeja de plata con enormes, hermosas uvas moscateles, ligeramente empañadas a la luz de los farolones que alumbraban las esquinas del patio.

Hacía traer entonces la mesita de fumar y colocaba allí la bandeja. Inclinandose sobre ella, con una jeringa

en la mano, inyectaba a cada una un poquito —la dosis justa— de éter. Aquello suponía un mundo de refinamientos desconocidos para un joven paisano que sólo conocía los de la literatura.

Una vez inyectadas, Ilse cubría las uvas con un granizado de hielo que Lutz —el más constante de los alemanes errabundos— había estado machacando al tiempo de la operación del éter, golpeando concienzudamente con una maza los trozos mayores de hielo, envueltos en un paño de cocina.

Desnudos y sin sensualidad, Ilse, Primitivo y los extranjeros se abstraían lentamente en las uvas. Les pasaban un dedo para dejar caer la menuda escarcha que las espolvoreaba; al hincarles el diente la pizca de éter se difundía por la boca y siete, ocho, diez uvas carnosas bastaban para que Primitivo comenzara a sentirse lúcidamente desprendido de la envoltura que lo fijaba a tierra y del contorno de triscadores lánguidos y silenciosos, desesperados, aun en el colmo despacioso del placer, perdidamente desesperados por una causa otoñal y sajona que él nunca podría descifrar.

Junto a su flanco solía sentir entonces, como un garabato de descaro y cariño, no como un llamado lascivo, el brazo de Ilse, su presencia frugalmente paradisíaca.

Ilse y las uvas siguieron hasta aquella noche, de fines de marzo, en que Primitivo introdujo en la rueda a René Oteyza, su compañero de Humanidades. René era un par de años mayor que Primitivo, y eso le daba un derecho insolente a no asombrarse de nada, a mentir que, en esos dos años de diferencia, lo había experimentado todo. Decía ser deportista, blasonaba de fuerte, rebosaba de las futilidades de un adolescente tardío y extrovertido.

Simuló repetir lo conocido, bisar lo ya probado: tomó

un racimo de uvas y lo desgajó glotonamente dentro de la boca, dejándose invadir de éter, con una risotada que violaba el convenio.

Pero al momento, triturado el racimo, comenzó a ponerse pálido, manoteó hacia los almohadones, vaciló desde la posición en que estaba, reclinado en un equilibrio inestable que quería ser vistoso, y acabó acostándose sobre las baldosas desnudas.

—Es un colapso cardíaco —sentenció Lutz, con desgana hostil—. Puede morir.

—Sí —dijo Ilse, ligeramente exaltada—. Es un chico estúpido, un sábelotodo. ¿Cómo se te ocurrió traernos este monstruo?

Primitivo se asustó al ver a René, desgoznado e inánime más allá del rencor que suscitaba. Se vistió entonces a las apuradas —el pantalón, la chaqueta, los zapatos sin medias— y corrió en busca del médico.

Cuando volvió con él y atravesó a todo correr la casa en penumbra, dando involuntarios puntapiés a los almohadones —la fauna de almohadones que parecía animarse en las habitaciones desiertas, danzando en una descompuesta y abigarrada profusión, como un caos de enormes ratas verdes— René tenía ya un rictus en la boca y un color de ceniciento a cianótico alrededor de los labios.

El doctor debió haber visto con escándalo a aquella mujer y a aquellos hombres que se habían olvidado de vestirse para esperarlo. Y debió haberlo contado en casa de los Cortés.

Un par de noches después, cuando Primitivo volvió, ella lo recibió sola, con una faz pálida, ojerosa, los ojos húmedos y enrojecidos en el semblante árido, arrasado.

Sacó del bolso un puñado de billetes —eran dólares— y se los mostró sin exhibirlos.

—Si estás dispuesto —le dijo— nos vamos de aquí.

—¿Adónde? —dijo él, y realmente quería preguntar: ¿Por qué?

—A París, donde sea. Pero ahora mismo, mañana temprano. ¿Sí o no?

Sabía por qué no se había animado: su madre seguía viviendo, con más de ochenta años, en la ciudad provinciana, en la vieja casa, en el corazón de la desolada llanura. No habría seguido viviendo allí —y acaso en ningún lado de la tierra— si él se hubiera marchado.

Se sintió fútil, cobarde, inmaduro delante de aquella mujer resuelta, fríamente encarnizada, que quería dejarlo todo: al señor Heydel, a la casa de patio tropical, al mundo de relaciones que brotaba, para ella, de la boca de alguna oscura mina, que no era la que regía su marido. Se sintió vacuo, inconsistente, trivial; y evitó verla el resto del tiempo (unos pocos meses) en que ella siguió estando allí. Ilse, que recibió su silencio como una respuesta a no retocar, tampoco hizo nada, el menor gesto para ir a buscarlo, para insistirle, para decirle que lo esperaba todavía. Esa omisión estudiada era propia de su sentido de la dignidad.

¿Dónde estaría ahora, qué habría sido de ella? ¿No pasaría alguna vez a su lado, sin que él la reconociera, por la Via Veneto a mediodía, por la Via del Corso a la tardecita, no la punzaría aún aquel amor meridional y difuso, a la vez ardiente y brumoso, que le había dicho que sentía por él y que —lo había comprobado con el tiempo— es el que sienten los nórdicos por Italia, ese sentimiento adulterino en que entran el clima, el sol, el Chianti, un brillo de naranjas?

Él tenía entonces el resplandor de la juventud, ese zumo de belleza animal que acorre la adolescencia de los feos.

Algo estaba ya a punto de secarse en su interior, pero Ilse no podía haberlo notado. Recordaba el rostro curtido de los veinticuatro años, los ojos claros, el brazo que oficiaba de iniciativa en el amor. Una erosión de desaliento parecía —el día en que le propuso que huyeran— ganar sombriamente sus facciones, irlas royendo, anegando, consumiendo. Los años transcurridos desde entonces, ¿no habrían completado la obra de aquel minuto de súbito envejecimiento?

Tales recuerdos acababan por conducirlo siempre a la infancia. Quizá fuera porque de ese modo podía volver al muchacho que había sido antes de conocer a Leonor, a esa zona de la que podía extraer imágenes, evocaciones, memorias que sólo a él le pertenecían.

Pero eran siempre las mismas: la única hermana muerta a los ocho años en Buenos Aires, de la que nunca podría imaginar el último y doloroso día que no había visto y que le habían contado mucho después, enlazado a la palabra "nefritis", que le sonaba a historia del Egipto; la madre, que había seguido viviendo en la casa solariega cuando el padre ya se había marchado a la capital, para cumplir su primera diputación; la tía abuela, que había leído cuanto libro podía agenciarse en aquel olvidado desierto y mencionaba a los héroes de Balzac como si fueran sus vecinos de puerta. De casi ochenta años, la tía había muerto un día con todos los velámenes desplegados. Durante toda la mañana él estuvo leyéndole páginas del Antiguo Testamento y de San Juan de la Cruz. Y por la tardecita, cuando ya se sintió morir, llamó a Madre —que era su sobrina predilecta— y le pidió que tocara al piano los Funerales de Liszt. Y así, rodeada de almohadones, de música y de sobrinos se murió, sentada, embelesada y sonriente.

Hoy, a los sesenta y dos años, Primitivo sabía muy bien que jamás escribiría aquella suerte de saga familiar, aquella novela que había proyectado algún día, sobre la materia que le ofrecían los Cortés y los Morillo. Había pensado hacerla arrancar en los mismos tiempos de la Colonia, pasar por la Independencia y llegar a los días actuales, de abulia, de dilapidación de haciendas, de expropiaciones por causa del petróleo. En algún cajón yacían los rollos de los tres primeros capítulos y el título definitivo de aquella larga historia, que bajaba de epopeya a letanía: *Y luego descansaron*. Era él mismo, en su pequeño despacho de la Embajada, quien descansaba ahora por ellos.

El mundo de los afectos había ido despoblándose a su alrededor: el tiempo le había traído muertes y no vidas. La desmemoria tornaba cada vez más borrosos aquellos daguerrotipos que le cercaban, y a los cuales alzaba los ojos cada vez con menos frecuencia. Y los libros en que investigaba —arqueología americana, historias militares de la Conquista y de la Revolución Emancipadora— ¿qué tenían que ver con el país en que vivía, con esa Italia a la que acaso elegiría el día en que supiera que le tocaba cerrar los ojos?

Por eso *Los Aborígenes* era su penitencia asumida hasta el fin. Había que volver a sus enmarañadas páginas.

Y él mismo, ¿qué era, cuando ya la obra de Dios en él podía considerarse concluida? Aquella imagen mestiza que acentuaba sus rasgos al paso de los años, aquel cuerpo que seguramente llevaba, como otros habían dicho de Darío, “algunas gotas de chorotega o negrandano”, ¿era un recesivo, respondía a algún misterio de cruzamiento celosamente sepultado desde los días de la servidumbre

colonial, a un azar biológico que nadie conocía o del que nadie había querido hablarle ni él preguntar?

Leonor también había ido desnutriéndose de vidas ajenas, en un estilo distinto, que le había hecho perder de vista la escala de lo humano, la proporción de los sentimientos naturales. Y así era como había llegado a narrar las enfermedades de Louison con una prolijidad que rara vez pone un padre en referir las dolencias pasajeras y alarmantes de su hijo único.

El visitante estaba sentado frente a Primitivo, y ambos quedaban a derecha e izquierda de Leonor, que ocupaba la cabecera. Dos criados danzaban incesantemente detrás de ellos, tan tenues que no hostigaban con su presencia, haciendo que tan sólo asomaran al diálogo los largos cuellos de las botellas de *rheinwein* o las oscuras gargantas del borgoña, en el escrúpulo de no tolerar que una copa estuviera nunca a medio tomar.

—Cuando Louison enfermó de la meningitis que lo ha dejado con ese tic, creí enloquecerme —explicaba Leonor.

Louison no era un niño, sino un ovejero baldado, adormecido junto al fuego, que sacudía de pronto su piel flácida en relampagueos de sobresalto, como para espantarse unas moscas inexistentes.

—¿Sabe usted lo que hizo esta mujer? —decía entonces Primitivo, amonestando su visible simpatía por el acto con un ademán burlesco de las manos y un ligero arqueado de cejas—. Pues llamó a un amigo nuestro, médico de niños, y le pidió que curara al perro.

—Y él no se enojó, en absoluto. Fijese que eran los días en que debíamos partir para Nueva York, porque a Primitivo lo mandaban a las Naciones Unidas. Tuvimos que postergar el viaje por una semana y al final lo hicimos en tren y en barco, porque Louison no habría podido ir en

avión, convaleciente y débil como estaba.

El visitante, a esa altura, se consideraba culpable de haber promovido aquella clase de complicidad que lo desbordaba, sólo por haber dicho —de una manera incidental, que no preveía ni prometía compartir devociones aberrantes— que él también adoraba a los perros.

—Mientras anduvimos por los Estados Unidos en el *ranch-wagon* que nos prestó el embajador en Washington, no tuvimos problemas. Porque hacíamos noche en los moteles y allí entrábamos con el automóvil, haciendo saltar fuera a Louison una vez que estábamos en el garage.

—Pero en Nueva York fue otra cosa —aclaraba Primitivo, siempre con la contraseña de un gesto que deslindaba su parte de la cordura en una historia en que también participaba—. Allí tuvimos que tomar una *suite* en el Waldorf-Astoria, porque fue el único lugar en que aceptaron que Louison se alojara junto a nosotros y tuviera sus comidas a las horas.

—Y cuando desde allí debimos seguir hacia Italia, según lo convenido, fue la gran tragedia —añadía Leonor, descalificando el tamaño de las palabras como antes lo había hecho con los sentimientos—. En ningún barco querían llevar a Louison en un camarote como todos, porque decían tener perrera en la bodega. Louison, postrado como estaba, se habría muerto de tristeza en la sentina o en promiscuidad con los otros perros. ¡Imagínese!

El verbo no tenía ningún sentido imperativo. El visitante podía no imaginarse nada, porque se lo estaban contando como la cosa más natural del mundo.

—Al final —abreviaba Primitivo— dimos con un capitán griego, que llevaba un buque de clase única, de Nueva York al sur de Italia. Aceptó arrendarnos dos camarotes,

por un sobreprecio. Pero, para no perder el viaje, tuvimos que hacerlo antes de que yo dispusiera de mis cartas credenciales; y tuvimos que bajar en Nápoles, cuando es casi tradicional que los embajadores desembarquen en Génova. ¡Lo que nos deben haber odiado por esos cambios, que salían de la Sagrada Rutina!

Y Louison, desde su sitio junto al fuego, estiraba una de sus manos, entregaba en ella el hocico y elevaba afectuosamente hacia sus amos —¿no habría que decir “hacia sus padres”?— una mirada de amor, para demostrarles que no era insensible a las molestias que había provocado, para asegurarles que la conciencia de esos contratiempos reforzaba, en su cuerpo claudicante, la pasión perruna del agradecimiento.

“Para eso se hacen las revoluciones en América” —decía Ventura cuando estaba entre sus amigos los pintores italianos, y el vino excitaba cuanto había en él de libre y descastado—. “Para que un par de maniáticos financie el viaje de un perro idiota en un camarote de lujo”.

La Revolución no se había hecho para eso, claro estaba. Pero la Revolución no había sabido qué hacer con Primitivo Cortés, ese crustáceo pegado a su quilla. Como de los hombres hacia los perros, él había ido trasmigrando —desde hacía años— de su país al extranjero, un extranjero que lo rodeaba y acosaba —en lecturas, en pensamientos, hasta en sueños— aun mientras trataba de decir, apelando a todo lo que sabía de oratoria, arengas revolucionarias, en el interregno que había mediado entre el abrazo a Cándido Lafuente y el viaje hacia Nueva York y luego a Italia. Había estado muchas veces tentado de escribir, en sus ensayos, frases como “el drama de las clases cultas, el aislamiento y la incomunicación de las *élites* en esta nuestra América Española”; pero le había pareci-

do antipatriótico afirmarlo sólo porque se lo dijeran sus sentimientos. Era el revés de aquella frase generacional de juventud —“la Cultura que nos legara Francia”— que también había debido archivar, por la befa que hacía de ella la generación siguiente, la de los estetas del nativismo.

Había querido engañarse proponiéndose el espejismo de que era su culpabilidad de descreimiento la que lo había llevado a servir al nuevo orden. Pero no. Era su voluntad de expatriarse, de ceder a que otros lo expatriaran, a que otros le dieran —sobre la miseria del país esquilmado— la sinecura de una embajada sin cometidos de clase alguna y lo echaran a navegar sobre los mares, con el rostro de Leonor y la meningitis de Louison. Era eso.

Y “eso” tenía que acabarse un día; acabarse o desfondarse una mañana como cualquier otra, a la hora del desayuno y los periódicos.

El secretario entró sin emoción visible (era un diplomático de carrera), trayendo en la mano el cable que acababa de descifrar:

—Excelencia —dijo con el tono más neutro—. Noticias graves.

Sin quitarse los anteojos con que estaba repasando *Il Messagero*, Primitivo leyó: “Presidente Lafuente asesinado por turbas azuzadas en escalinata de Palacio. Coronel Gaudencio domina situación y asume poder. Aguarde instrucciones”.

Las cuatro horas de diferencia indicaban que acaso había sido ayer y que en la escalinata de Palacio estaría ya seca, al sol de la mañana, la sangre de Cándido.

Llamó a Leonor y le extendió la hoja, sin anticiparle el contenido. Ella tuvo un corto espasmo de llanto y luego se repuso. Primitivo pensó que tendría que poner el

cable en conocimiento de los jefes de Protocolo, telefonando al Quirinale. Pero una forma curiosa de enervamiento —la misma de Obrajes— lo retenía, crispado e inmóvil, en el sillón en que lo había clavado la noticia.

“Lafuente asesinado por turbas azuzadas”. No era muy difícil imaginarse quién había estado azuzándolas. No era muy difícil tampoco pensar que aquél era un mensaje de despedida del canciller, su acusación de entrelíneas antes de resignar el cargo. “Aguarde instrucciones”. Seguramente sería algún nuevo ministro de Relaciones, amigo de Gaudencio, quien habría de dárselas.

Pero la piedad sobrepujaba ahora al instinto del propio interés. Y él pensaba en Cándido, en su risa violenta y espasmódica, en su amistosa crueldad de muchos dientes, en sus brutales palmoteos de afecto, en los silencios repentinos en que caía a veces, en su burda sinceridad para insultar a los doctores, a los industriales, a los emperifollados bachilleres que servían a esos industriales; en la valerosa volubilidad de insultarlos y estar, a la media hora, comiendo y bebiendo despreocupadamente con ellos, sin el menor cuidado de las apariencias ni de la vida.

—Ah chico —recordaba que le había dicho cuando fue a despedirse—. Usted se va y yo sigo en este baile, que está poniéndose cada vez más feo. ¡Usted sí que tiene suerte!

Esa diferencia de suertes se medía por la distancia que existía entre este sillón y el ventanal sobre el mediodía romano y la sangre pisoteada en la escalinata de Palacio, frente a la Plaza de Armas. Se medía por la diferencia entre una vida y una muerte igualmente inútiles.

Pensaba en los ríos del país por los que Cándido había navegado de niño, viviendo a bordo de chozas precariamente erguidas sobre el maderamen de troncos lanzado

aguas abajo. Pensaba en la selva, en la que Cándido había desdeñado tantas veces el acecho de la muerte, y lo había vencido por ignorarlo. Pensaba en las batallas de los arenales, que habían tatuado el torso de su juventud, en las borracheras que llenaban los ocios del batallón, en los juegos suicidas de revólver y caballo en que desembocaban esas borracheras, en el balcón de su estudio por donde había querido salir al encuentro de la muerte. Todo eso para que ahora, cuando ya casi llegaba a los sesenta, lo asesinaran —el cable no decía cómo— en la escalinata de Palacio, seguramente (de acuerdo a la fecha) mientras salía para el *te deum*, para la misa patriótica en la Catedral, que distaba solamente veinticinco metros de Palacio, veinticinco metros de portal a portal, porque la escalinata y el atrio casi se tocaban por uno de sus extremos.

En esa ferocidad de cuchillos, de tiros, de muertes campales, en esas algaradas de la muerte como fastos del civismo estaba el país, más que en la incomunicación de las elites. En esa fácil posibilidad de fanatizar a la gente con un trago y lanzarla a hacerse justicia en nombre del último discurso que se le espetara, en esa fluidez para que el crimen entrara en el juego, apenas llamado, estaba también “esta nuestra América Española”, más que en la soledad estudiosa de quienes le pedían una Sorbonne alumbrada de golpe en el tajo de dos montañas.

Vio entonces que Leonor se acercaba a la chimenea apagada, trayendo en la mano aquel candelabro de palo santo que Cándido le había regalado al despedirse, “como prenda de estima”; un candelabro igual a otros dos que conservaba en Palacio y que acaso estuvieran ahora temblorosamente activos a los dos lados de la oscura cabeza.

Lo colocó sobre la repisa y, bajo el mismo fulgor solar que lo anulaba y desvanecía, lo encendió.

Primitivo la vio y dejó; aunque lo entendió claramente, no comentó el sentido pfo de aquel homenaje, el absurdo de aquel cirio deslumbrado e incoherente bajo las glorias del mediodía romano.

Leonor se quedó mirando con fijeza lo que acababa de hacer, como si hubiera puesto una corona al pie de un prócer y desconociera el resto del ritual, el embarazoso y nunca codificado epflogo de esas ceremonias que culminan en cuanto empiezan.

Torpemente se dio vuelta, como desentendiéndose de lo que había hecho, y sin transición, encarándose con Primitivo, dijo:

—Ahora tendrá que elegir entre sus dos papeles.

Muchas veces, desde que se había instalado entre ellos un silencio que no suponía ninguna comunicación tácita, Leonor solía terminar sus reflexiones interiores con frases sueltas, dichas en voz alta e ininteligibles para su marido. Él nunca había podido convencerla de que no debía emerger de un silencio propio, insolidario, con frases de ese tipo, que quedaban flotando en una zona de misterio pueril. Esta vez, sin embargo, creía haberla entendido. Pero, para mantener los principios, preguntó:

—¿Quién?

—Clarita —dijo ella, con inocencia poco explicativa.

—¿Entre qué dos papeles? —insistió él, ahora obviamente.

—Entre el de viuda de un mártir y el de hermana influyente.

—Pero —inquirió Primitivo, para tantear el terreno siempre escabroso de las suposiciones de una mujer, y en especial de las de su mujer—, ¿te parece que haya razones para pensar que Gaudencio haya inspirado de algún modo el asesinato de Cándido?

Esta vez fue ella quien no quiso entender.

—Los dos papeles se le ofrecerán de todos modos —dijo—. O se recluye a llorar o trata de mandar.

—Gaudencio no debe ser muy manejable —aventuró Primitivo.

—Es inculto, y su mujer muy bruta. Clarita es otra cosa, y es su hermana mayor.

Mientras imaginaba los dos candelabros de guayaco alumbrando las sienes aceitosas de Cándido, su frente sucia y rota, Primitivo tornó a pensar en la muerte de aquel hombre, en el exceso de vida no desfogada que había venido a desembocar en ella. Recordó con qué candor silencioso —sin tomarla a broma— escuchaba Cándido la teoría de los *sobremurientes*, que le gustaba repetir —y retocar cada vez que la reiteraba— a Rogelio Murano.

—Cuando hay un cataclismo, un accidente, una catástrofe, todos hablan de los sobrevivientes —decía Rogelio—. Como si fueran ellos quienes usurparan por la violencia un destino diverso del verdadero. Y pasa lo contrario. Los sobrevivientes sólo han seguido en lo que estaban. ¿Por qué no pensar entonces en los *sobremurientes*, en los que estaban llenos de una vida que debería haber seguido circulando por ellos y que se quebró de pronto? Esos son los verdaderos violentos, los violentos sin culpa y sin infierno.

Cándido —pensaba Primitivo— era un típico *sobremuriente*. Era posible imaginar el vaso mediado de vino que había dejado sobre la mesa, el habano a medio fumar; era forzoso pensar en el goce interrumpido y a proseguir, porque todo él estaba lleno de una capacidad de placer que el trabajo y las responsabilidades sólo venían a perturbar y a aplazar, nunca a extinguir. Pensaba con envidioso cariño en aquella fuerza de la naturaleza

que había sido segada, en aquel mestizo a quien el mundo de las posibilidades físicas de disfrute parecía quedarle chico, en aquel borracho comatoso y profético que una noche había querido arrojarle por un balcón, porque el país y sus hijos estaban encerrados y no tenían salida.

Leonor había corrido los visillos de la habitación y ofrecía ahora a Primitivo su perfil apenas orlado por la lumbre del cirio, el contraluz del brazo extendido hasta tocar el borde de la repisa de la chimenea.

La vio, tuvo la sensación de su propia inmovilidad, sintió yacer los huesos de su cuerpo sobre el sillón. "Otros mueren a menudo por nosotros. Pero ésa es también a veces la forma más engañosa de nuestra propia muerte", pensó.

Para desbaratar aquel silencio, y como en algún otro día de su pasado en que había sufrido un desmantelamiento insuperable, trató de ser acre y desprejuiciado.

—Querida —dijo—. Me temo que nosotros dos, como la patria, vamos a vernos arrastrados *dans un gros démenagement*.

Pero halló frente a sí la mueca de tantos años, más cansina, humilde y humana de cuanto podía haber esperado. Ya no era la hermosa cara de grandes ojos abiertos que bebía versos de Baudelaire contra la balconada del horrible palacio *art-nouveau* de Don Lucho Otero. Era, más gris, más terrosa, desalentada y casi amortajada, la cara que lo había seguido durante estos últimos años, la que ahora lo llamaba a no evadirse por la vía del ingenio.

Entonces, sin que lo sintiera subir a sus labios, afloró a su voz el español gutural, ligeramente cantarino que había oído hablar desde su infancia y estaba enterrado bajo pesadas capas de peregrinaje y cultura:

—Pues sí, liinda, ¿qué va a ser de nosotros hoy día?

Índice

Prólogo	5
Los aborígenes	9

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1998
en TRADINCO - Minas 1367 - Tel. 409 44 63
Montevideo - Uruguay
Edición amparada en el decreto 218/996
(Comisión del Papel) D.L. 312.393 / 98





Tras el escenario de la frustrada Revolución boliviana de 1954, Carlos Martínez Moreno (1917-1986) construye un relato tenso y atravesado por diversas contradicciones. El protagonista, diplomático del país mestizo en Roma, rememora sus experiencias en la tierra lejana y examina –según palabras del narrador– *“las diferencias atávicas americanas que pugnan en él, con las afinidades culturales que puede sentir por Europa”*. **Los aborígenes** obtuvo el importante premio de la revista *Life* en español en 1960. Casi cuatro décadas más tarde puede leerse como un paso firme en la perspectiva latinoamericana de una de las obras narrativas más personales de la literatura uruguaya del medio siglo.



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL



SOCIO ESPECTACULAR